



ENTREVISTA A JOAQUIN ALMUNIA

Amelia VALCÁRCEL

A finales del mes de junio se celebró el XXXIV Congreso del PSOE. Su agenda, de suyo cargada, quedó fuera del primer plano de la atención informativa por un hecho inesperado: la declaración pública de Felipe González en la sesión de apertura de que se negaba a reptir como Secretario General. Dos días después el Congreso se cerraba con la elección de una nueva Comisión Ejecutiva encabezada por Joaquín Almunia.

— ¿Sabías que Felipe González había tomado la decisión de no repetir?

— No. Cuando llega el momento en que dice: «os comunico mi intención de no presentarme como candidato», inmediatamente algunos le damos a la moviola de nuestro cerebro y empezamos a recordar claves, señales, indicios de que en tal frase o tal gesto, la actitud de Felipe hace unas semanas, hace un mes o hace cinco meses ya indicaba que podía estar pensando en decir esa frase; pero hasta que no la dijo nadie pensaba que la iba

a decir, realmente. A partir de ahí, suponía un reto enorme para el Congreso del partido socialista y para los más de novecientos delegados resolver aquello en cuarenta y ocho horas.

— **¿ Y de hecho se resolvió en cuarenta y ocho horas?**

— Sí. Y el modo en que se resolvió, las actitudes de quienes lo resolvieron, la predisposición a olvidar otro tipo de querellas y el adoptar posiciones positivas, el buscar fórmulas que no sólo nos permitiesen salir del paso, sino que permitiesen al partido contar con una nueva dirección que mirase al futuro cohesionada, me parece que son síntomas de que nuestro partido es una organización muy seria. Creo que llegamos al Congreso con gente muy madura, por más que el 60%, o 65% de los delegados nunca hubiera asistido a un congreso federal como tales.

— **Pero aquella decisión del anterior Secretario convirtió a ese Congreso en crucial.**

— Sí. En la historia de nuestros congresos, desde el año 76 (el primero que se vuelve a celebrar uno en España después del franquismo) hasta ahora, los congresos son casi todos muy importantes. Explican no sólo la historia del partido de estos veintidós años últimos, sino también sirven para explicar cosas que han pasado en España. Está el Congreso del debate del marxismo, o el de la definición del partido, una vez superado el debate del marxismo. Está el congreso donde debatimos nuestra posición sobre la OTAN, el congreso donde se dio el primer paso hacia la democracia paritaria con la implantación de la discriminación positiva.

Hay congresos importantes desde el punto de vista de las ideas, o de los criterios sobre la situación del partido. De este Congreso, probablemente por desgracia, nadie recordará políticas o criterios que hayan sido debatidos, aunque haya habido muchas cosas importantes que se han aprobado en él. De este Congreso se recordará que Felipe dejó de ser Secretario General y que el partido fue capaz de resolver ese vacío en un tiempo récord y con unos procedimientos, creo, muy sensatos, muy razonables.

— **En ese momento, quedas al frente del Partido Socialista. La pregunta es obvia: ¿Cómo lo llevas?**

— Bueno, soy una persona muy tranquila y sé la responsabilidad que he asumido. No soy un inconsciente, sé todo lo que tengo que hacer, todo lo que me corresponde hacer y todo lo que la gente espera que haga. Sé que hay mucho trabajo por de-

lante, que tengo que ser capaz de aglutinar muchas energías, muchos esfuerzos; ser capaz de poner, apuntando en la misma dirección, a mucha gente, a muchos militantes del partido, a muchos cuadros, a muchas sensibilidades. Utilizo ese término no de forma impropia, sino para decir que hay muchas formas de ver lo que el partido socialista tiene como tarea de cara al futuro. Hay que ser capaz de conjugar esas expectativas y aspiraciones porque no sólo hay que responder a las aspiraciones de los ciudadanos, de nuestros electores, de nuestros afiliados, sino que también hay que hacer un cambio importante en el interior del partido socialista.

A menos de dos años vista tenemos unas elecciones municipales, enormemente importantes, en las que tenemos que ser capaces de ofrecer no sólo propuestas e ideas atractivas, sino todo un abanico amplio de caras, de candidatos, de personas, a las que los ciudadanos y los electores vean con capacidad para llevar adelante esas ideas. Y partimos de la sensación, en parte cierta y en parte quizás exagerada, de que muchos de los que han desarrollado tareas en los municipios durante estos años y que han realizado una labor muy importante y muy apreciada por la gente, están cansados o están agotados. Y hay que encontrar relevos, hay que cambiar las caras. Toda una nueva generación tiene que pasar a ocupar puestos de responsabilidad y a tener protagonismo. Es decir, que no hay sólo una tarea de elaboración de un nuevo proyecto político, de nuevas propuestas (cosa en la que está enfrascada toda la izquierda, no sólo el partido socialista de España, sino toda la izquierda en Europa y en el mundo), sino que además el partido socialista tiene que iniciar una nueva fase, una nueva etapa. Una nueva etapa no se inicia simplemente por cambiar al secretario general, o por elegir una nueva ejecutiva. Es tarea colectiva. Lo que ha hecho el XXXIV Congreso es sólo el comienzo de lo que tiene que hacer el partido.

— Sí, como tu mismo dices, hay una serie de gente que ha ejercido cargos, ha trabajado mucho y está cansada. Pero hay otros que no se cansan nunca.

— Si la gente no se cansa y hay otros que no se cansan de quienes no se cansan, todo va bien. Está claro. Pero si hay gente que se agarra al sillón y quienes les tienen que votar o quienes tienen que trabajar con ella, o quienes tienen que confiar en ella han perdido ya esa confianza y, por el contrario, están pidiendo su relevo, pues hay que tomar nota de ello.

— La responsabilidad de ser Secretario General es dura. Te avala tu previo trabajo como portavoz del Grupo Parlamentario y todos —incluida la oposición, ahora Gobierno—

se hacían lenguas de cómo manejabas asuntos difíciles, espinosos o complicados. Posees una trayectoria de gestión, pero también de negociación.

— Eso dicen mis hagiógrafos; que tengo capacidad de negociación, que soy capaz de contar con gente y de ponerla a trabajar en un mismo proyecto; ojalá sea verdad. También dicen que soy un tanto seco, demasiado exigente con quienes trabajan conmigo, que no soy un orador brillante al que las masas compararían con Castelar. Pero en fin, con lo bueno y con lo malo, con lo que dicen los hagiógrafos y con las críticas que es necesario conocer y asimilar todos los días, con todo eso, espero que la resultante sea positiva.

— En esta nueva etapa en la que hay que marcar cuáles son las líneas de oposición, ¿puedes valorar este año de gobierno del PP de manera, digamos, impresionista?

— El PP, en particular Aznar y su equipo y su modo de concebir la gestión de gobierno, se distinguen por la habilidad para ocultar lo que realmente son y para aparentar que hacen cosas distintas a las que realmente hacen y constituyen su tarea de gobierno.

El PP está haciendo, en este año largo desde que tomó posesión Aznar como Presidente, una política en la que las desigualdades sociales aumentan, porque es una política de ingresos, de impuestos, una política de asignación de prioridades de gasto público claramente regresiva. Y, en cambio, todo su esfuerzo consiste en tratar de convencer a los ciudadanos de que ellos son más de izquierda que el partido socialista, de que tienen más sensibilidad social que los socialistas, de que les preocupa más la educación que a los socialistas, de que cuidan más la sanidad y las pensiones de los ancianos que el partido socialista, y de que ahora es cuando de verdad van a pagar impuestos los ricos.

Es decir, tratan de lanzar una imagen exactamente contraria a lo que realmente es su política y son sus decisiones. Y son decisiones conscientes. Su política consiste en engañar, no sólo en favorecer a determinados sectores sociales, lo que es propio de un gobierno de derechas, —no hay que llevarse a engaño al respecto—, sino que a esta política tradicional de la derecha, añaden una habilidad notable para confundir a través de las técnicas de comunicación. Su obsesión por controlar los medios de comunicación tiene como objetivo confundir al electorado tratando de hacerle creer que hacen una política distinta.

Les reconozco cierta habilidad para eso, aunque otra cosa es que la gente les crea. Más bien no les cree, pero no por ello dejan de esforzarse por confundir a la opinión pública.

Segunda característica del Partido Popular en el Gobierno: su obsesión por recuperar el concepto de poder fáctico y situar a sus amigos en los nuevos puestos clave. Ya no estamos en la época de la España militar, ni en la España de los curas con sotana, ni en la España reaccionaria de costumbres y comportamientos integristas; saben que no pueden ser aquellos sus elementos de control social de los ciudadanos. Fueron las viejas técnicas de control de la derecha, y en muchos lugares de España todavía, a niveles inferiores, tratan de utilizarlas, pero no forman parte del arsenal de herramientas elegidas por Aznar para perpetuar su poder. En cambio tienen una dedicación continua, y cierta habilidad, para saber colocar a las personas adecuadas en los lugares adecuados, allá donde en una sociedad moderna de finales del siglo XX residen los nuevos centros de poder económico y social: medios de comunicación, grandes empresas, sectores dinámicos de la economía, la justicia... Hay una serie de lugares donde el PP ha concentrado y concentra su atención para situar personas que le sean útiles en la consolidación de su poder y en la reducción de los espacios de poder o de protagonismo de sus adversarios políticos.

A eso estamos asistiendo con operaciones como la lucha por la televisión digital, los ataques contra el grupo PRISA, la compra de Antena 3, la instrumentalización política de la justicia, y, por supuesto, el control de los medios de comunicación. Dan prioridad absoluta a la estrategia de comunicación y a la sujeción de los medios de comunicación públicos a sus instrucciones, a sus objetivos, etcétera.

Y tercera característica del gobierno del PP: carecen absolutamente de una idea de España. Paradójicamente la derecha española, que había sido la máxima defensora de la patria y de sus esencias, que se ha enrollado y todavía se sigue enrollando en la bandera de España a la menor ocasión, no ha tenido ningún reparo, en cuanto ha llegado al poder o para llegar al poder y durar en él, en poner a precio de saldo algunas cuestiones esenciales. Hay elementos esenciales del Estado de las Autonomías, en particular algunos mecanismos fundamentales que dan cohesión al Estado de las Autonomías y que son el contrapeso de la descentralización política y del reconocimiento de los hechos diferenciales y la pluralidad de España, puestos en saldo.

No les importa, no. Frente a la cara grave, —el tono grave que utilizaban hace año y medio o dos años para denunciar los supuestos acuerdos desgarradores de la unidad de España, a los que los socialistas estábamos llegando con los nacionalistas— ahora ellos pactan o ceden ante los nacionalistas en cuestiones que a mi modo de ver son mucho más importantes y más desestructurantes del Estado, y ni se inmutan. No les importa cuál será el siguiente paso, ni cuáles las consecuencias de los pasos que están dando. No parece quitarles el sueño.

— Pero la derecha, o núcleos de derecha habían conservado en nuestro país, incluso bajo los años de gobierno socialista, importantes esferas de poder. Recuerdo una frase de campaña electoral: «Entre la derecha y el poder absoluto, sólo queda el PSOE». Muchos resortes ya estaban en aquellas manos.

— Vivimos en una sociedad madura, moderna, libre y plural. Por tanto el hecho de ganar unas elecciones, de tener mayoría parlamentaria, aunque sea una mayoría absoluta, el hecho de disponer de los instrumentos de poder inherentes al gobierno, no supone que todo el resto del poder social y económico desaparezca, ni tampoco la influencia cultural o la influencia intelectual. Incluso en las épocas en las que hemos tenido nosotros los socialistas un peso institucional muy fuerte, otros poderes en la sociedad no habían desaparecido.

Es verdad que durante nuestros años de gobierno los tradicionales poderes fácticos, que habían campado por sus respetos durante el franquismo y ganado pulsos importantes a la UCD —y si no ahí está la batalla contra Adolfo Suárez, que le llevó incluso a dimitir en el 81, la destrucción de la UCD desde dentro por quienes se negaban a que la expresión de centro derecha fuese algo más centro que derecha—, en fin, todo aquello que llega vivo y coleando a octubre de 1982 o al día en el que Felipe se instala en La Moncloa, el 3 de diciembre de 1982, ese conglomerado supone una considerable merma de poder durante los años de gobierno socialista.

Las Fuerzas Armadas se someten definitivamente al poder civil bajo el gobierno socialista; la Iglesia no gana pulsos al poder civil, al Estado, durante los años de gobierno socialista. No por ello perseguimos a los curas, ni quemamos iglesias, pero situamos a la Iglesia en el lugar que le corresponde. La Banca, los grandes banqueros, que aparecían unidos en aquellas comidas en el Banco de España, en que parecían decidir todo lo que pasaba en España, quedan fracturados y divididos en cuanto desde el gobierno socialista se empieza a ejercer el poder político y se comienza a poner orden en la vida económica. Y así sucesivamente.

Yo creo que las viejas estructuras del poder económico, social, del poder religioso y del poder militar, o desaparecen, o se acomodan a lo que debe ser su lugar en un país democrático, en un Estado democrático, donde la soberanía popular no puede ser pisoteada por los que no pasan por las urnas. Quienes no pasan por las urnas tienen su lugar, su espacio, su voz. Tienen, en fin, su necesario papel en la vida civil —incluso el papel de contrapeso y contrapoder para que no todo sea poder político y poder institucional en la sociedad—, pero no pueden prevalecer. No pueden retar a la autonomía del poder político y tratar de ganarle el pulso.

Eso al partido socialista, en los años de gobierno, le ha costado algunos dolores de cabeza. Ese éxito, el asegurar la supremacía del poder político y el orden lógico en un Estado democrático, le ha supuesto granjearse algunos enemigos poderosos y enemigos que incluso han tratado de chantajear al gobierno socialista. Algunos trataron de echar pulsos a las instituciones democráticas y nos costó mucho asegurar la supremacía de lo político, pero no por ello hincamos la rodilla.

Ahora, la derecha, el PP en el Gobierno, creo que no es un baluarte tan firme frente a esos poderes. Creo que, más bien, tiende a pactar con esos poderes o a mezclarse con ellos. La mezcla entre el poder político y los poderes económicos — como la estamos viendo en toda la maraña de operaciones que se tejen al calor de las privatizaciones— o la tendencia a mezclarse —como cuando vemos las interferencias entre la actuación de algunos jueces, algunos protagonistas de ciertos medios de comunicación y algunos personajes de la vida económica con sus intereses privados— renuevan la confusión. Se reestablece la confusión entre el papel del poder político y su esfera de autonomía y responsabilidad a la hora de tomar decisiones, y otros poderes. El poder político aparece mezclado con intereses particulares, con intereses privados.

La derecha no solamente privatiza empresas, sino que en parte privatiza al propio Estado, que es muy distinto. En resumen, privatiza el poder político que ha recibido de los ciudadanos.

— Esto se intenta cubrir con el aparato de propaganda. Pero a veces da la impresión de que se aplica un doble rasero: se toleran en la derecha conductas sumamente reprochables en sí mismas, que no se toleraron en absoluto al PSOE. Imaginemos el caso del actual portavoz del Gobierno: tras haber coaccionado y amenazado al director de una emisora privada de televisión, sigue siendo portavoz del Gobierno, como si aquello no tuviera consecuencias.

— Son públicas más cosas, de Miguel Angel Rodríguez y de otra mucha gente del PP o ligada a él. Y es verdad que no son piedra de escándalo, o que el escándalo es asimilable cuando el protagonista del mismo es alguien del PP y, en cambio, el escándalo genera reacciones en cadena y sube de volumen en sus efectos cuando el protagonista es un miembro del partido socialista. A mí eso me parece normal. Es decir, no es que lo desee: me parece que la sociedad debiera reaccionar por igual cuando un responsable político, sea cual sea el partido político al que pertenezca, confunde lo público con lo privado, o engorda su bolsillo con recursos públicos, o aprovecha su situación para obtener rentas particulares. Pero, ¿por qué me parece normal? Porque, aunque no sea deseable, a la derecha se la viene conociendo de esa

guisa desde que tenemos memoria de que existe como tal derecha. El escándalo no sólo tiene un requisito, que es su trascendencia pública, (porque algo que sólo conocen unos pocos no es un escándalo), el escándalo tiene que ser también algo que choque, que asombre a la conciencia o a la percepción de los ciudadanos. Y el ver que alguien de la derecha se sitúa en un puesto político y piensa en su interés particular no choca a los ciudadanos, no escandaliza. Más bien su memoria histórica les lleva a darlo por supuesto, a considerar que es normal que eso suceda.

En cambio a un socialista los ciudadanos le exigen, y me parece muy bien que lo hagan, que se comporte conforme a la imagen que la memoria histórica tiene del comportamiento de los socialistas en los cargos públicos, desde el viejo Pablo Iglesias hasta la imagen digna de Besteiro, pasando por todos los socialistas que han sufrido, e incluso que han muerto, por defender sus ideas. Alguien de izquierda, alguien del partido socialista, se supone que va a la política, a un cargo público, que asume una responsabilidad en el partido o en la sociedad para servir a unas ideas, no para servir a sus intereses.

— **Tenemos a la derecha realizando ventas de empresas públicas rentables, con un control de los medios como no se ha conocido en el pasado reciente, y sin una idea clara de qué quiere para este país. ¿Esto trasciende? ¿Está empeorando la imagen de España internacionalmente?**

— La imagen de España... ojalá que la imagen de España siga siendo tan buena como lo era hace año y medio. Lo que sí me consta es que ha empeorado la imagen del Gobierno español. Aznar como presidente de Gobierno, o el Gobierno de España en conjunto, ahora tienen mucho menos prestigio que Felipe González o el que han tenido, como ministros de Exteriores o ministros de Economía, muchos de los ministros del gobierno socialista.

— **Nuestra derecha, decías, es especialista en encubrir estas cosas y contar otras. Acude a las cifras macroeconómicas constantemente para llegar al « España va bien ».**

— Sí. «El déficit público en vez de ser del 2,1% va a ser del 2% del PIB», «España va bien...»

— **Esto es.**

— Parece un jeroglífico.

— **Y en todos sus mensajes es difícil estar mejor.**

— El bienestar siempre lo miden en pesetas.

— **Cosas que ningún gestor socialista hubiera estimado que eran un resultado, se convierten en un resultado y se les da publicidad. Presentar un proyecto se convierte en algo tan real como si se hubiera presentado un hecho. Incluso llegan a presentar en público anteproyectos...**

— Hay una frase paradigmática. Es aquella que pronuncia el inefable Miguel Angel Rodríguez en una rueda de prensa posterior al Consejo de Ministros. Con solemnidad, como suele hacer sus declaraciones, mira a los periodistas presentes en la sala y les anuncia: «El Gobierno ha pagado las pensiones».

— **¿Con aplausos o sin aplausos? Porque, hablando de cosas inefables, hemos llegado al extremo del ridículo: que aparezcan aplausos sobregrabados en una intervención del portavoz del Gobierno y se diga después que es casualidad.**

— También vemos que se aplaude a los ministros cuando llegan a los funerales o dentro de la iglesia. Los aplausos están a la orden del día, se aplauden a sí mismos.

— **Lo que apunta a que probablemente tengan un deseo muy escaso de ser desalojados del poder.**

— Ese deseo desenfrenado de estar en el poder lo revela la insistencia con que Aznar, cuando era jefe de la oposición, se preguntaba reflexionando en voz alta: «Y estos socialistas, cuando pierdan las elecciones, ¿dejarán el poder sin resistirse?». Tal pregunta a mí me preocupaba mucho, porque revelaba no un mal conocimiento del partido socialista, (que cualquiera que sepa un mínimo de quiénes somos, de dónde venimos y en qué creemos, sabe que en cuanto perdemos las elecciones nos vamos dejando las cosas ordenadas encima de la mesa), sino su creencia en que hay políticos capaces, en la democracia española, de agarrarse a la mesa aunque hayan perdido las elecciones.

— **Como Secretario General del PSOE es tu deber que Aznar las pierda.**

— Ya se lo he dicho. En la primera intervención que hice en el Parlamento, una vez elegido Secretario General, se lo dije y no le sentó muy bien. Puso mala cara.

No están acostumbrados, ni se acaban de acostumbrar a la existencia de la oposición y a la libertad de expresión lógica en una oposición, ya sea en el Parlamento o fuera de él.

No soportan bien la crítica. Les molesta que se señalen con el dedo las cosas que hacen mal o las cosas que tratan de falsear.

Han recurrido una y otra vez al latiguillo de «ustedes no están legitimados. ...» contra cualquier portavoz socialista por el hecho de serlo. Pero creo que esa imagen les ha hecho mucho daño a ellos. El portavoz socialista de turno por supuesto ha seguido diciendo lo que le ha parecido conveniente, con más ganas además al ver a quiénes tenía enfrente. Y yo conozco mucha gente que ha sentido un escalofrío por dentro cuando ha visto en el telediario a algún portavoz del PP negando la legitimidad para hablar, o para criticar, o para actuar a un parlamentario socialista o a un político socialista.

¡Qué diferencia esa imagen repetida de portavoces del PP tratando en vano de negar la legitimidad a un político socialista para decir lo que quiera, con la campaña reiterada en la que tratan de convencernos de que avanzan hacia el centro y de que no son tan de derechas! Porque transmiten que quieren centrarse y que son homologables a cualquier político de centro derecha europeo.

— **¿Y lo son?**

— No, no lo son; no son homologables. Los descodificadores sí, pero ellos no. No todavía.

— **Aun así, ¿hay asuntos de Estado en los que hay que mantener acuerdos?**

— Debe existir siempre una serie de materias que queden fuera de la lógica confrontación política entre el Gobierno y la oposición, entre mayorías y minorías. La primera de todas, la política antiterrorista. Me parece escandaloso que se pueda hacer política partidista o que se pueda tratar de obtener beneficio particular, en términos políticos, del dolor, de la muerte, de los asesinatos. Los malos ejemplos que el PP nos dió cuando hacía oposición, desmarcándose de la unidad de las fuerzas democráticas en materia terrorista, nosotros ni los hemos seguido hasta ahora, ni los vamos a seguir.

También hay que coincidir, o es deseable que se coincida en la medida de lo posible, en todo aquello que afecta a los intereses generales de España: política exterior, política europea, defensa de nuestras posiciones como país frente a otros países, o a las instituciones comunitarias. No quiero decir que no haya que discrepar cuando el gobierno lo hace mal, pero hay que tratar de estar a disposición de un gobierno que quiera consensuar la política exterior y la defensa de los intereses generales de nuestro país.

Y habría que convenir también, aunque el Gobierno no quiere, todo cuanto afecta a la estructura del Estado. No podemos estar continuamente subastando el Estado de las Autono-

mías, a ver quién da más o a ver quién tira de un lado o de otro del mantel que cubre la mesa. Lo lógico sería, sobre todo para quienes no somos nacionalistas —ni españoles, ni catalanes, ni vascos, porque pensamos que el Estado es algo bastante más serio que las pulsiones nacionalistas de unos y de otros—, que la estructura del Estado, el armazón institucional, el reparto del poder, el reconocimiento de los diferentes niveles de poder y de las competencias de cada uno, de las peculiaridades de cada uno, fuese susceptible de ser consensuado. Una vez consensuado el armazón, la estructura, la arquitectura, las instituciones, podemos discutir todo lo que tengamos que discutir, pero respetando las reglas del juego, sin tratar de discutir sobre las esencias todos los días.

Yo entiendo que esto es imposible pedírselo a quienes son nacionalistas, porque entre sus características está buscar denodadamente ese debate sobre las esencias, que es uno de sus motores, uno de sus alimentos del debate político. Y, para mi sorpresa, parece que al PP le gusta. No les importa que una y otra vez se vuelva a discutir sobre lo mismo, con la particularidad de que ellos a veces están en una posición y a veces están en la contraria. Pueden aparecer un día defendiendo «la unidad inquebrantable de la patria» y al día siguiente haciendo concesiones casi inconcebibles.

— Usando tus palabras, no tienen una idea clara de España. Con todo, ¿qué proyectos tienen? En ocasiones da la impresión de que los más avezados parecen desarrollistas de los sesenta que no hubieran cambiado el compás. Teleféricos en los espacios protegidos, volúmenes excesivos de construcción, la cesión de terreno público rebajado, todo ello da la impresión de que se regresa al contexto del desarrollismo inmaduro.

— Sí, qué duda cabe de que si hay intereses económicos que presionan para aprovechar hasta más allá de los límites razonables el suelo urbano y hay posibilidades de encontrar beneficio, el PP va a hincar la rodilla en seguida ante esas apetencias. Así lo ha hecho ya en la nueva regulación sobre el suelo, en el porcentaje de cesión de suelo a los Ayuntamientos.

Ahora bien, ¿cuáles son sus proyectos, sus referentes esenciales? Aparte de permanecer en el poder y evitar que cualquier otro se lo pueda disputar, hay pocas referencias en el discurso político de este Gobierno que permitan ayudar a dibujar su proyecto. Quizá la más reiterada es entrar en el Euro, (al que a veces confunden y yo creo que no de forma casual, sino intencionada, con entrar en Europa), como si Europa fuese una moneda, como si para entrar en Europa hubiese que pasar a través del agujerito central de la moneda.

Si no tuviesen el Euro como referente, o una vez que ya estemos en el Euro, cosa que con relativa seguridad se producirá dentro de año y medio, me pregunto: ¿de qué hablarán? ¿En qué se basarán para decir, vamos hacia tal objetivo, o queremos perseguir tal objetivo? Una vez que estemos en el Euro, ¿qué dirán? Yo creo que les va a resultar muy difícil encontrar algún horizonte. ¿Qué quieren? ¿Quieren desarrollar la educación según el modelo de la LOGSE o quieren acabar con la LOGSE? ¿Quieren consolidar definitivamente y mejorar el funcionamiento del sistema nacional de salud, lo que construimos durante nuestros años de gobierno, o quieren dar un giro y abrir la protección de nuestra salud al mercado, a los intereses privados, a la iniciativa privada? ¿Quieren potenciar a los sindicatos o quieren debilitarlos?, como decía Aznar cuando era candidato a quien le quería escuchar en el mundo empresarial.

¿Quieren subir los impuestos a los más poderosos? ¿Distribuir mejor? ¿Quieren bajarnos los impuestos a todos y que aumente el déficit? ¿Por qué quieren estar en Europa, además de por el Euro? ¿Cuál es su idea de Europa, de dónde la han extraído, cuándo la han construido? ¿En qué experiencia política, en qué raíces políticas basan su fe europeísta de los últimos meses?

Yo creo que es muy difícil responder a estas preguntas, mirándole la cara a Aznar, o siguiéndole su discurso o escuchando sus intervenciones. Y quien dice Aznar, dice Alvarez Cascos o Mayor Oreja.

— **Pero constantemente recurren al «globo sonda». Un par de beneméritos profesores dicen algo, y la reacción les sirve para orientarse.**

— Sí, los que creen que a través del liberalismo a ultranza, elevado a la enésima potencia, nos van a redimir a todos... Tienen el defecto del fundamentalismo liberal, pero tienen la virtud de decir lo que piensan. Por eso en vez de darles cargos importantes, les han dado programas en «La 2» o tarimas.

— **¿Cómo hacer oposición contra un Gobierno imprevisible que toma posiciones improvisadas, que ni él mismo sabe bien qué rumbo va a tomar?**

— No es fácil. No es fácil por esa permanente pretensión de disfrazar quiénes son y lo que hacen. Además están en un momento económico absolutamente brillante —mucho crecimiento económico, buenas expectativas, equilibrios insospechados de administración o del déficit—, por lo tanto no es fácil hacer oposición. Ojalá se pudiese elaborar en diez minutos un listado de críticas para lanzar como dardos y dar en la diana de la ac-

ción de gobierno. Y que toda la ciudadanía aplaudiese diciendo «mira que bien, que bien lo han retratado...» No es fácil.

Creo que hay que hacer oposición sabiendo que la mayoría de la sociedad es progresista. El hecho de que gobierne el PP no implica que España se haya ido a la derecha. La mayoría de la sociedad española es progresista; no es una sociedad hiperideologizada, ni doctrinaria, ni propensa a seguir los discursos radicales o demagógicos. Pero es una sociedad progresista. Por lo tanto, en la medida en que seamos capaces de dibujar políticas alternativas y proyectos alternativos basados en valores de progreso, tendentes a mayor igualdad, a profundizar en la participación, en la democracia, para que la gente disfrute de la libertad de la forma más equitativa posible, conectaremos con nuestra sociedad. Eso la gente lo está esperando, por lo tanto es una tarea clara para quienes queremos hacer oposición y tenemos que hacer oposición. Lo que pasa es que no es una tarea de resultados inmediatos, porque los cajones de la mesa donde la izquierda siempre ha tenido una respuesta para todo, están vacíos ahora.

Hay que dedicar tiempo a reflexionar, a analizar en qué sociedad vivimos, qué cambios se están produciendo, qué respuestas nuevas hay que dar a problemas como el empleo; analizar los efectos y los impactos de las tecnologías, las desigualdades que todavía permanecen entre el hombre y la mujer, los problemas ambientales. Hay muchas preguntas sin respuesta suficiente... Y a la vez que se hace esa tarea, que no es de resultados inmediatos pero que es imprescindible, hay algunas guías para orientar la crítica en el corto plazo, la crítica a lo que hace el PP en el Gobierno.

Algunas de esas críticas o de esas guías no son percibidas ahora con total nitidez por los ciudadanos, pero creo que tenemos la obligación de explicárselas para que las perciban como nosotros las percibimos. Por ejemplo, nosotros hablamos de una cierta regresión de las libertades, derivada de la obsesión del Gobierno por controlar los medios de comunicación. Y eso probablemente la gente todavía no lo percibe con la misma claridad que nosotros, pero creo que es algo que, si lo sabemos explicar y lo hacemos con claridad y tenacidad, se entenderá. La gente va a estar de acuerdo con nosotros, porque realmente la gente está de acuerdo con nosotros en que los medios de comunicación no deben ser sojuzgados desde el Gobierno, que es necesario preservar la libertad de información, la libertad de expresión a través de los medios. La gente está de acuerdo en que los medios de comunicación dentro del área pública no están para ser vampirizados por el Gobierno, o por el Miguel Ángel Rodríguez de turno. España es un país amante de la libertad y al que le gusta disfrutar de las libertades. Le molesta que alguien se las cercene y se las limite.

Segundo elemento de crítica, en el que yo creo que sí hay una percepción ciudadana clara de que tenemos razón cuando la expresamos: el desorden autonómico, la sensación de desbarajuste que se va creando día a día con la acción de un Gobierno que tiene todo el derecho del mundo a pactar con sus socios nacionalistas, pero que no debe hacerlo a costa de desandar el camino, tan difícil de recorrer, que ha supuesto la construcción del Estado de las Autonomías, y su consolidación como modelo de Estado que encuentra apoyo y arraigo en la sociedad española.

Y tercer elemento, que yo creo que también lo percibe la ciudadanía, aunque probablemente no en toda su dimensión todavía: lo que está suponiendo la política del PP en cuanto a aumento de las desigualdades, deterioro de las políticas de cohesión social y destrucción del Estado de bienestar. Merma todas las políticas que llevamos a cabo durante todos nuestros años de gobierno, incluso antes, desde el inicio de la transición. Lo que está pasando con la educación, lo que está pasando con la sanidad, lo que está pasando con los impuestos, son elementos que quiebran toda una línea de avance en la reducción de desigualdades, que ha contado con el apoyo, no del electorado de izquierdas tradicional, sino con un apoyo mayoritario en la sociedad española, y que está teniendo un punto de inflexión grande.

Yo creo que sobre esos tres elementos, crítica al deterioro del clima de libertades, al desorden autonómico y a la apertura y ensanchamiento de desigualdades, se puede estructurar un discurso de oposición inteligible, que debe ser completado con sus alternativas.

— **¿Y con una buena estrategia de comunicación?**

— Sí, por supuesto. Debemos reconocer, incluso aunque nos suponga alguna pequeña tortura intelectual a quienes nos negamos a considerar que la política es una profesión, debemos reconocer que a finales del siglo XX, en una sociedad en que los medios de comunicación tienen el peso que tienen, en el que la inmensa mayoría de la gente conecta con la política a través del aparato de televisión y no a través de un contacto personal, o de otras vías, una buena estrategia de comunicación es imprescindible.

Ahora bien, por muy buena que sea una estrategia de comunicación puesta en papel o diseñada por un consultor brillantísimo, si no hay producto que comunicar, no vale para nada. O tiene efectos muy efímeros, como los anuncios, como la publicidad en televisión: por muy brillante que sea la realización cinematográfica de un anuncio, si el helado que te venden sabe a rayos, no hay quien lo compre.

— Sí. Recuperar confianza en el partido socialista y en general en la política. En España se ha cultivado mucho, durante mucho tiempo, la desconfianza respecto a la política; ha habido incluso un régimen, como era el franquismo, que basaba buena parte de su propaganda en convencer a los ciudadanos, incluso a los ministros, de que no debían dedicarse a la política.

Y la política requiere una confianza renovada continuamente, día a día. No se puede vivir de las rentas de una confianza que se tuvo en un momento determinado, en una campaña electoral, en una coyuntura histórica dada... Eso tiene el valor que tiene, pero luego hay que renovarlo, mantenerlo y rejuvenecerlo continuamente, adaptarlo a las nuevas realidades, enriquecerlo con nuevas propuestas, con nuevas complicidades entre el político y el conjunto de los ciudadanos. Y eso en un país que ha vivido, como ha vivido el nuestro en estos últimos años, un *shock* tremendo con los escándalos, con la corrupción. Exige una dedicación especial.

Hay que situarse lógicamente dentro de las reglas de juego del Estado de derecho, participando en las instituciones, pero con un bagaje cultural y político, con una experiencia, que arranca de aquellos años y sin la cual no se pueden entender muchas de las cosas que han pasado en España (desde los últimos años del franquismo, pasando por toda la transición, hasta ahora mismo). Probablemente aquellas experiencias tienen que ver con la posibilidad de haber hecho una Constitución por consenso, tienen que ver con el éxito que supuso la transición en España, la elaboración de la Constitución, el desarrollo de la Constitución, la comprensión del hecho autonómico. Yo creo que no hay otro país de nuestro entorno donde se pueda ver una experiencia similar.

Es verdad que mucha de aquella gente ya no se dedica a la política, mucha ha iniciado una vida profesional, incluso muchos de los que entonces eran muy «sesentaiochistas» ahora son brillantes ejecutivos de la banca extranjera implantada en España. Pero otros muchos seguimos viéndonos y coincidiendo, envejeciendo juntos haciendo política.

— **¿Puede contemplarse la transición española como un relevo de élites, en una percepción continuista? ¿El franquismo no fue capaz de producir su propio relevo?**

— Su intento real de renovar las élites de la generación de la guerra fue el recurso al Opus Dei, la alternativa tecnócrata. Aquello fracasó en pocos años, se lo llevó por delante la primera flebitis y la crisis económica, o mejor, una mezcla de las dos cosas.

— **Por lo tanto, ¿una nueva generación de élites políticas, que se había formado en otra parte, tuvo que afrontar la transición?**

— Sí. Es verdad que contando, no tanto con tecnócratas del Opus, sino con algunos representantes del franquismo que habían evolucionado, que eran conscientes de la necesidad de reformar el régimen, aunque ellos querían hacerlo, como decía Fernández Miranda, de la Ley a la Ley. Personas como Martín Villa, por ejemplo, que son paradigmáticas de ese eslabón que dejó allí el franquismo para poder enganchar con las nuevas élites formadas todavía durante la dictadura, pero ya absolutamente preparadas para la democracia y para asumir la responsabilidad de los asuntos públicos en democracia.

— **En el 77, ¿qué hacías?**

— En 1977 yo estaba trabajando como economista en la UGT, en la ejecutiva de la UGT. No era miembro de la Ejecutiva, pero era el responsable de los servicios de asesoramiento económico de la UGT.

— **Por lo tanto tu entrada en la vida política está desde el principio unida a la actividad sindical.**

— Mi primera dedicación a pleno tiempo a una actividad política, política en sentido amplio, es efectivamente el trabajo en la UGT. Yo estaba trabajando en Bruselas, como economista, en una oficina que tienen las Cámaras de Comercio españolas para seguir todos los asuntos de la Comunidad Europea. Pasé unos meses en el Parlamento europeo, en el Grupo Socialista, porque habíamos sido invitados los socialistas españoles a pisar los pasillos y a conocer lo que era por dentro el Parlamento europeo, cuando todavía Franco vivía. Entonces Felipe González nos habló a Manolo Marín y a mí de la necesidad de venir a España: el partido se iba a empezar a implantar —todavía no era un partido legal—, pero se iba a empezar a establecer en Madrid, en una pequeña oficina, y Felipe desde el principio quería tener gente trabajando en el partido y para el partido con experiencia europea, con visión europea, que conociese lo que pasaba en Bruselas. Nos instó a Manolo Marín y a mí a que viniésemos a Madrid en cuanto fuese posible.

Fue posible inmediatamente después de la muerte de Franco. Entonces Manolo Marín fue a trabajar al partido y Nicolás Redondo vió que la idea de Felipe tenía sentido y me pidió que, en vez de ir al partido, fuese a trabajar a la UGT, que realmente no existía como tal organización establecida en España en aquel momento; existían afiliados a la UGT, pero nada que tuviese un mínimo de organización parecido a un sindicato bajo las siglas

UGT. A la vez que se establecían en Madrid algunos de los dirigentes de la UGT y preparaban el Congreso que tuvo lugar en la primavera de 1976, me establecí, pues, en una pequeña oficina de la calle Hermosilla de Madrid, junto con Miguel Angel Martínez, para tratar de poner en marcha los servicios técnicos y de asesoramiento del sindicato. Nos mirábamos los dos, a uno y otro lado de la mesa, y nos decíamos «a ver qué hacemos ahora».

— **Tras aquello vino el triunfo del PSOE, después del rotundo fracaso de UCD, cuando UCD sufrió aquella septicemia que acabó con ella. Y en ese primer gabinete ya eres ministro. Es decir, que siempre has sido persona muy de confianza del anterior Presidente de Gobierno.**

— Me habían elegido para la Ejecutiva del partido socialista en el año 1979, en el Congreso Extraordinario posterior a la crisis del marxismo, donde fui elegido Secretario de Política Sindical, con lo cual pasé de trabajar en la UGT como economista a ser miembro de la dirección del partido, pero seguía encargado de la política sindical, de las relaciones entre el partido y la UGT.

Posteriormente, en el año 1981, en el siguiente Congreso, me eligieron Secretario de Estudios y Programas. Y ya me encargué de organizar, de dinamizar los grupos de asesoramiento del partido con profesionales —el partido tenía entonces un número importante de profesionales—, y así contribuimos a elaborar el programa de 1982. No se me había pasado nunca por la imaginación que iba a ser miembro del primer Gobierno socialista, ni a Felipe se le había ocurrido que yo debía ser miembro del primer Gobierno socialista.

Yo era muy joven y no tenía edad de ser ministro; pero Felipe había ofrecido el Ministerio de Trabajo a José Luis Corcuera. José Luis Corcuera era miembro de la Ejecutiva de la UGT, y consultó con la Ejecutiva de la UGT acerca de si debía aceptar o no la oferta de Felipe. La Ejecutiva de la UGT consideró que un miembro de la dirección del sindicato no debía formar parte del Gobierno, porque podía suponer una merma de la autonomía del sindicato respecto del primer Gobierno socialista, y que, a pesar de las relaciones históricas tan estrechas entre la UGT y el partido socialista, eso no debía ocurrir.

Y, ya a última hora, Felipe miró hacia los lados y me encontró por allí, por algún pasillo, y dijo: «Tú Joaquín, ministro de Trabajo». Yo le dije: «¿Estás en tus cabales?» Y respondió: «Sí, sí, ministro de Trabajo». Cogí un traje de chaqueta y juré el cargo, mejor, prometí el cargo.

— **¿Cómo juzgas los trece años de gobierno socialista? ¿Qué hay desde el país que recuerdas al país que queda después?**

— Creo que en lo sustancial, en lo importante, los trece años de gobierno socialista han sido un éxito: todos los grandes objetivos que nos habíamos marcado para nuestra tarea de gobierno, que coincidían en buena medida —a la vista están los resultados de 1982—, con los objetivos y con las aspiraciones de una inmensa mayoría de la sociedad española, los hemos podido conseguir a lo largo de estos años. No digo que haya sido exclusivamente imputable ese éxito, ese logro, a la eficacia de la acción de gobierno del partido socialista: hay muchos otros factores que han intervenido, por supuesto. Pero sin duda el partido socialista ha liderado ese proceso y ha sido el protagonista principal de que España haya ingresado en Europa, haya dejado de ser un país aislado al otro lado de los Pirineos, de que España sea un país con una democracia normal, consolidada, que no está puesta en peligro cada día por un general distinto.

Bajo nuestro gobierno, España ha conseguido descentralizar el poder político, reconocer la peculiaridad y los hechos diferenciales de las nacionalidades históricas, se ha modernizado la economía, hemos recuperado espacios... Hemos recuperado terrenos respecto de los países de más nivel económico, de mayor nivel de renta, de mayor bienestar... En fin, todo lo que para nosotros suponía la democracia: la libertad, Europa, las aspiraciones de superación de desigualdades, la supresión de privilegios y de castas que habían venido dominando en la historia de España en los últimos doscientos años, todo eso se ha conseguido durante los años de gobierno socialista y en buena medida gracias al gobierno socialista y a nuestra actuación. Lo cual es poco contestable, incluso por nuestros críticos más acérrimos, y siempre será un orgullo para el partido socialista haber protagonizado esta fase histórica, haber estado en primera línea, haber conseguido esos objetivos, que han sido los objetivos de todos los demócratas españoles durante los últimos dos siglos. Siempre será un orgullo para quienes hemos podido participar, de una forma u otra, en esa tarea.

En este momento nuestros críticos, que algo tienen que decir, aunque desde luego lo dicen de forma exagerada pero sin que les falte razón, afirman que no todo han sido luces en nuestros años de gobierno, que ha habido fallos, ineficacias, que no todo se ha conseguido de manera perfecta. Y, sobre todo, nuestros críticos ponen el dedo en la llaga de la corrupción y de los escándalos. Eso creo que es el lunar, el borrón de tinta, que figura en una página tan brillante de la historia de España.

— Ya has respondido a esto, pero sólo en parte; ¿por qué ha perdido las últimas elecciones el partido socialista?

— Pues hemos perdido por una suma de factores. La gota que colma el vaso, sin duda son los escándalos y la corrupción. Cuando la opinión pública, cuando parte de nuestro electorado

comprueba que la corrupción no ha sido la excepción que confirma la regla, sino que ha habido bastantes excepciones, muchos casos de corrupción, y no sólo a nivel nacional, sino que lo que leían en los periódicos y lo que escuchaban por la radio lo podían contrastar y confirmar con algunas experiencias más cercanas en su municipio, en su Comunidad Autónoma o en su entorno más próximo, cae la gota que colma el vaso. La falta de credibilidad, la desconfianza enorme que se produce por causa de esos escándalos y de esas actuaciones corruptas respecto de un partido que ha representado a sus ojos, a los ojos de nuestros electores, la mayor oportunidad de este siglo de regenerar la vida política y de asentar unos valores democráticos que acorten la enorme distancia que ha separado tradicionalmente en España al ciudadano de la política, produce un choque muy fuerte.

Pero esa no es la única causa, porque eso se empieza a manifestar a finales de los ochenta y se confirma con los escándalos que empiezan a dominar en el panorama político, en los medios de comunicación y en la vida colectiva a lo largo de los años noventa. Pero, realmente, nuestra pérdida de apoyo electoral no arranca de ahí, viene de algo más atrás.

Nosotros tuvimos un magnífico resultado electoral en octubre de 1982, que probablemente es irreplicable en muchos años, y empezamos a perder una parte de esos apoyos electorales que habíamos conseguido en las elecciones de 1986, en junio de 1986. ¿Por qué? Creo que en parte perdemos apoyos electorales en el 86 por nuestro cambio de postura respecto a la OTAN; creo que una parte de nuestros electores ahí nos abandonan y se refugian en la abstención, probablemente.

Hay también cierta pérdida de apoyo, ya en ese primer momento de 1986, derivada quizás de los conflictos que habíamos tenido en la primera legislatura con los sindicatos, conflictos probablemente evitables, pero que tienen su justificación en medidas que eran entonces necesarias. A lo mejor podíamos haber tratado de hacer las mismas cosas por otras vías, apostando más por el diálogo, aun a costa de retrasar algunas decisiones. Pero, en todo caso, lo hecho hecho está. Y realmente ahí hay cierto desgaste en sectores del electorado propio de la izquierda, ligado a lo que representan las direcciones de los sindicatos, etcétera.

Esa es una primera pérdida de apoyos que viene seguida de una segunda señal de alarma en las elecciones municipales de 1987, en las que empezamos a notar el malestar urbano. Comenzamos a ver que en las grandes ciudades, por muy buena que hubiese sido la gestión de nuestros alcaldes y la tarea de los municipios gobernados por los socialistas o por gobiernos municipales de izquierda, hay una parte de los electores que empiezan a flaquear.

Comienza el CDS a recibir determinados apoyos —cuando Suárez hasta poco tiempo antes era un político al que todo el

mundo agradecía lo que había hecho, pero nadie quería volver a votar—, y eso implicaba que algo nos estaba fallando en la conexión de lo que nosotros queríamos hacer y lo que la gente quería que hiciésemos (o al menos en la manera en que la gente quería que hiciésemos política y que actuásemos desde el gobierno). Probablemente en esa época hubo conflicto, no tanto de políticas, como de modos de hacer política. Empezaban a manifestarse las consecuencias de los años de la prepotencia, de la arrogancia, de cierta inercia en la toma de decisiones sin consultar previamente, sin explicar, sin discutir, sin compartir análisis, sin tratar de poner en común propuestas.

— **¿Los años de la «movida»?**

— Bueno, la *movida* había tenido lugar en los primeros ochenta todavía con Tierno...

— **Es un fenómeno residual hasta el 87...**

— ... con Tierno. Tierno es el símbolo de la conexión del partido socialista con la *movida*: aquellas apariciones de Tierno con todos los jóvenes de la *movida* madrileña aplaudiéndole a rabiar... Quizás es posible que durase también después de la *movida*, más allá del 86.

— **Me refiero a que, en la «movida», se da el fenómeno de que coexiste un gobierno de izquierdas con elementos sociales y culturales profundos que no son de izquierdas. Todo se encubre bajo la idea de creatividad, pero está mezclado. Hay un país que de pronto estalla...**

— Empieza a liberar sus energías positivas, y las empieza a poner en marcha.

— **Pero no las tiene en orden.**

— No, porque probablemente nadie ha diseñado previamente los detalles de lo que se está haciendo. Estaban diseñados los grandes objetivos, pero había otras muchas orientaciones, otras muchas políticas, en letra más menuda, que no obedecían a un manual previo. Había una parte de intuición, de improvisación, que no estaba siendo bien relatada a la gente. Y luego eso conecta, ya en la segunda mitad de los ochenta, hacia el 88, con un crecimiento económico muy fuerte y un exhibicionismo por nuestra parte de los grandes logros de la política económica socialista: aquello de que no había otra política, que hacíamos la política económica con mayúscula, que era la única.

Creo que la gente, sobre todo nuestra gente, los sectores que nos habían votado y que nos seguían votando, comprobaba que era una política que no repartía bien sus frutos. Estaban los «*Marioscondes*» que se paseaban en velero y en barco de tres pisos, con la gomina siempre brillando, y sin embargo los salarios no seguían esa evolución. Las políticas sociales no encontraban suficiente financiación para responder a todas las demandas que se planteaban, el empleo que se creaba no era empleo estable, había problemas con el paro juvenil, etcétera.

Había una disociación entre los grandes logros macroeconómicos y la percepción de esos logros en la economía familiar, en el bolsillo de cada uno. Es verdad que se exageró esa falta de sintonía, pero en aquellos años, en los momentos preliminares a la huelga del 14 de diciembre, (que es un punto de mira crucial en la tarea de nuestro gobierno), el discurso de quienes convocaban la huelga se basaba en que en España, bajo un gobierno socialista, aumentaban las desigualdades sociales. Los estudios hechos posteriormente, relativos a la realidad de entonces...

— **Como el que tú coordinaste en Argentina...**

— ... demuestran que las desigualdades sociales se redujeron en España a lo largo de la década de los ochenta como en ningún otro país de Europa. Más bien en Europa, simultáneamente a nuestra política redistributiva, las desigualdades crecieron en la mayoría de los países. Pero en política la mayoría de las veces importa mucho más el corto plazo, la percepción de lo que sucede, que lo que realmente sucede.

Y lo que realmente percibió una parte muy importante de nuestro electorado fue que, aunque gobernábamos con eficacia, los resultados no eran los que se debían esperar de un partido socialista, una vez superada la crisis económica. Aquello estalló el 14 de diciembre y aquel estallido supuso un punto de inflexión bastante relevante en nuestras políticas. Por un lado...

— **¿Ese momento el partido socialista lo percibió de la misma manera que el gobierno?**

— No. El partido estaba atravesando una época de excesiva institucionalización, de excesiva delegación de sus propias competencias en las instituciones, en el gobierno de la nación, en las autonomías, —gobernábamos en muchas—, en los municipios. El partido había sufrido un notable corte de sus puntos de conexión con lo que realmente estaba pasando en la calle. Yo creo que nuestras antenas estaban funcionando mal en aquel momento.

Al gobierno el 14-D nos dejó totalmente «*groguis*». Nos pusimos rápidamente a tratar de interpretar lo que había pasado, porque previamente no nos podíamos ni imaginar lo que estaba pa-

sando. Recuerdo perfectamente —después del 14-D— las reuniones, no en la mesa del Consejo de Ministros, sino en torno a la mesa del patio de columnas de La Moncloa, tomando café ya después del Consejo de Ministros, tratando todos de apurar nuestros recursos intelectuales y nuestra experiencia política para interpretar qué es lo que había pasado, por qué había sucedido aquello, por qué la respuesta ciudadana había sido tan contundente. Las reivindicaciones de los convocantes nos parecían poco realistas. Estábamos tan satisfechos de lo que estábamos haciendo y nos parecía tan injusto que se nos exigiese tanto, además de lo que estábamos haciendo... Pero bueno, aprendimos mucho de aquello.

Supuso, por una parte, una reflexión profunda sobre las limitaciones de la actuación política hecha exclusivamente desde las instituciones, sobre las limitaciones de un gobierno en un país ya moderno y en una sociedad libre, en una sociedad compleja, autónoma, que no tiene miedo de expresar lo que piensa y que sabe que a los políticos y a los gobiernos no sólo hay que aplaudirles, sino que también hay que exigirles. Era la sociedad por la que nosotros siempre habíamos trabajado y estaba empezando a ser ya una realidad. Una realidad que nos sorprendía, pero que estaba ahí.

Y, por otro lado, giramos en algunas políticas a partir del 14-D. En particular giramos hacia un mayor peso en el gasto social. Desde el año 89, —desde enero del 89 hasta la crisis económica del 93—, el esfuerzo que hicimos en gastos sociales fue impresionante. Y ese esfuerzo no sólo se hizo e intensificó por convicción, sino también como respuesta a lo que habíamos visto en aquellas calles vacías del 14-D. Después ese gasto social ha sido muy criticado porque no fue respaldado por una política económica ortodoxa. Y ahí cometimos nuestro mayor error en política económica.

— Pero es como si se interpretara siempre, o si no corrigeme, que la falta de apoyos se produce por la izquierda. ¿No hay una de fuga votos hacia la derecha?

— No, no, al contrario: yo estoy muy lejos de pensar eso. Creo que la fuga de votos mayor que tenemos a lo largo de todos estos años, —desde el 86 al 96—, es por el centro.

¿Qué es el centro? El centro son los jóvenes que nos van dejando de votar, pero no porque sean mucho más izquierdistas que nosotros, sino simplemente porque no nos entienden, porque no nos ven como algo atractivo. Los jóvenes no nos dejan de votar por un problema de posicionamiento más a la izquierda, al revés, hay un corrimiento de voto joven hacia el PP. Nos dejan de votar sectores profesionales que encuentran en la crítica política (entre comillas «*progre*») de algunas de las cosas que hemos hecho o que hemos dejado de hacer una excusa magnífica para protestar también por lo que han subido los impuestos de su nómina.

Nos dejan de votar gentes con sentido crítico, derivado ese sentido crítico de su condición intelectual, de su mayor nivel educativo, de su mayor autonomía para analizar por sí mismos las cosas. Derivado también de su mayor seguimiento de lo que dicen algunos medios de comunicación que arremeten de forma desahogada contra el gobierno socialista. Esos sectores profesionales con mayor nivel educativo, con mayor sentido crítico, no van a votar a este partido. Algunos de ellos se autoconvencen de que lo más deseable para asegurar un futuro mejor para la sociedad democrática está en Aznar. O sea, que no me engaño yo sobre que los votos se vayan al cielo, alguno se ha ido por la izquierda, pero la mayoría de los votos que nos han faltado a lo largo de estos años se han ido a la abstención y al PP.

— **En esas circunstancias se pierde el gobierno. Seguidamente hay un periodo breve y se produce el Congreso...**

— Hay un periodo intermedio, primero, que es interesante analizar. La avalancha de los escándalos, los casos de corrupción, el desgaste lógico después de ya muchos años de gobierno, las inercias que se van adquiriendo cuando uno va desde su casa a la oficina en coche oficial, o va en su propio coche, todo eso pesa también. No sólo hay argumentos económicos o economicistas, hay argumentos también puramente políticos. En el periodo que va desde el 89 al 93, tanto los argumentos predominantes como la pérdida de apoyo que tenemos, son puramente políticos.

Lo que pasa es que en el 93 se produce en las elecciones un hecho muy curioso: una mezcla de miedo a la derecha y de cariño especial de los electores por Felipe González —que no por el gobierno socialista y por el partido socialista— que lleva a que *in extremis*, en el último minuto, ganemos esas elecciones.

Todos los datos de evolución y desgaste del voto socialista desde el 86 al 96 tienen de repente un punto de inflexión: el voto socialista sube en el 93 en las elecciones generales de junio, que ganamos en contra de todos los pronósticos, incluidos los nuestros. Y el voto vuelve a bajar en la siguiente ocasión en la que el elector tiene posibilidad de votar, que son las elecciones gallegas, a los pocos meses.

Aquello supone en parte un espejismo, pero también un punto de referencia de cuáles son las razones y las vías por las cuales podemos volver a conectar con los electores perdidos. En aquella campaña nuestro discurso cambió sustancialmente del que se había venido realizando. Hicimos nuestro discurso dando un impulso democrático y, con todas las contraindicaciones que después hemos podido conocer, presentamos algunas caras que representaban y personificaban la batalla fuerte contra la corrupción: Garzón, Pérez Mariño.

Nuestro discurso cambia y hacemos un esfuerzo —en particular Felipe González hizo un esfuerzo grande— por recuperar la con-

fianza de un electorado que vemos que se nos está yendo como el agua de entre las manos. Lo que pasa es que, aun siendo muy relevante la victoria electoral del 93, la legislatura que se inicia entonces es durísima y buena parte de aquellas esperanzas no es posible realizarlas. Por un lado, porque tenemos que negociar y pactar con los grupos nacionalistas; por otro lado, porque los escándalos y las campañas montadas en torno a aquellos escándalos arrecian. Aparecen nuevos borrones en la página, aparece Mariano Rubio, aparece Roldán...; es muy fuerte. Todo el esfuerzo de vuelta a conectar con el electorado —aquello que dijo Felipe en la noche electoral de «hemos entendido el mensaje»— dura poco y volvemos a la tendencia a la baja que se viene manifestando desde el 89. Así llegamos a la derrota del 96. Una derrota que la mayoría de la gente pensaba que se iba a producir tres años antes.

— **Por tanto, ¿se retrasa una derrota anunciada gracias al miedo a la derecha y al carisma personal de Felipe González?**

— Al carisma de Felipe González y a un discurso político capaz de reconocer errores, de entender el mensaje, que después no somos capaces de llevar a la práctica con todas las consecuencias. Y, por supuesto, al miedo a la derecha; al vértigo que le da a la gente votar a Aznar.

— **¿El miedo a la derecha no queda considerablemente atenuado cuando Izquierda Unida se hace colaboradora «de facto» del Partido Popular?**

— No sé cuál es el papel de Izquierda Unida en el acarrear votos al PP. No sabría decir, es posible que tenga alguno. Creo que el miedo a la derecha lo compensan desde el PP con una dedicación digna de la mejor causa al ataque contra el partido socialista, con todas las armas y todo los bagajes, con técnicas de comunicación que nosotros todavía no hemos sabido emplear, con entrenamientos, con apoyos, con todas las baterías. El PP se pone a la tarea con todas las consecuencias. La derrota inesperada del 93 no la quieren a repetir y ponen toda la carne en el asador para que no sea así. Y, por otro lado, tres años después de aquellas elecciones que ganó Felipe González, repetir de nuevo los argumentos cuando entre medias, entre ambos procesos electorales, puede aparecer la cara de Mariano Rubio, la de Roldán y algún otro y otras, ya es muy fuerte, muy difícil...

— **Sí, pero los escándalos aireados no se habían producido en el último periodo de gobierno, tenían años encima.**

— Son la gota que colma el vaso. Ante el recuerdo de esas personas, de esas cosas, de esos escándalos, hay muchos electo-

res que, aun considerándose a sí mismos de centro izquierda, se convencen a sí mismos de que es mejor que gobierne la derecha. Se convencen a sí mismos de que la alternancia no es tan mala, de que ya «hay que dar ya una oportunidad a estos chicos», que ya éstos no son como sus padres, que son demócratas, que creen incluso en la regeneración de la democracia, que van a estar más al centro de lo que lo estuvieron Fraga o la derecha tradicional en España. En fin, se convencen de que les ha llegado la hora.

— **¿Es posible o siquiera deseable gobernar eternamente?**

— No, en democracia no. En democracia no es posible gobernar eternamente y la alternancia es una condición inexcusable. Sin embargo, visto lo visto desde mayo del 96 hasta acá, la pregunta es si la alternancia es esto que tenemos. Yo creo que hay alternancias mejores, y que la gente también ha aprendido en este año que, si bien no es posible gobernar eternamente, no necesariamente las cosas mejoran por el hecho de que cambie el gobierno y pase el PP a La Moncloa.

— **Apartemos un momento el tema del Gobierno actual y rematemos un asunto anterior: cuando se pierden las elecciones, el partido socialista tiene además un aire exterior de división interna, con tensiones. Y esto se transmite a la ciudadanía.**

— Sí, desde hace ya tiempo. Se transmitieron tensiones en el partido desde el año 90, más o menos...

— **Y eso tampoco ayuda a mejorar la confianza del electorado, ¿no?**

— No. Sin duda el electorado nunca aprecia que un partido esté dividido y mucho menos si es un partido que está en el gobierno. Tiende a castigar la división y sobre todo cuando no entiende la causa; cuando no se sabe qué debaten y por qué discuten.

— **Se realiza, pues, el Congreso al año de la pérdida de las elecciones, que es el Congreso en que eres elegido nuevo Secretario General, ¿no es así?**

— Sí, creo que sí.

— **¿Esperabas ser elegido Secretario General?**

— No. Al igual que no se puede gobernar eternamente, no hay nadie que sea Secretario General hasta la eternidad, ni siquiera Felipe González. Por lo tanto todas las personas cons-

cientes habíamos imaginado que llegaría un momento en el que Felipe González, o bien declararía no estar dispuesto a volverse a presentar como secretario general, o bien si no se le ocurría eso a Felipe González, —que como es persona inteligente sabíamos que se le iba a ocurrir—, alguien diría que ya estaba bien de que Felipe González fuera secretario general.

De hecho, cuando en el año 95 —sabiendo ya que las elecciones eran en marzo del 96—, empezamos a discutir quién sería nuestro candidato, Felipe me dijo: «Yo no voy a ser candidato. Ya podéis buscar otro». De hecho estuvimos buscando otro y hasta lo encontramos. Lo que pasa es que el que encontramos como candidato, antes de que pudiese ser oficializado como tal, inició una nueva vida política y profesional y no pudimos contar con él. Y ya era tarde, ya no había tiempo de buscar otro.

Y Felipe González, en contra de su voluntad, tuvo que admitir que él era el único candidato posible a la Presidencia del Gobierno. ¿Esto indicaba con claridad que tampoco estaría dispuesto a ser candidato a la secretaría general del partido? Pues no, pero se podía intuir que algo le rondaba por la cabeza. Claro, estas cosas se intuyen, pero uno nunca se deja llevar por su intuición porque ve que sustituir a Felipe González es una tarea complicada, difícil. No hay un orden de sucesión claro y la búsqueda del sucesor puede generar un debate en el partido que perpetúe en el tiempo las divisiones que se habían venido manifestando en los últimos años.

Todos tenemos cierta tendencia a imitar al avestruz y... pensábamos, o nos tratábamos de convencer, frente a lo que el propio Felipe González decía, de que Felipe González era, no ya el mejor, sino el único candidato posible. Hasta que llegó el inicio del Congreso y afirmó que no sería candidato. Hasta ese momento nadie pensaba en otro candidato que no fuera Felipe.

— **¿Nadie?**

— A partir de ese momento...

— **¿El señor González no lo había consultado con nadie?**

— Pues aparte de con su almohada y quizás con su mujer, que yo sepa no lo había consultado con nadie más.

— **Es una pregunta que corre por ahí...**

— Y, ¿quién sería ese consultado?

— **Tu mismo.**

— No, no en absoluto

— **A pesar de todo, el PSOE ha contado con un sólido bloque de votos a su favor. Además las encuestas demuestran que sigue ahí, que el PSOE no está perdiendo votos a pesar de no estar en el gobierno, ni en el del Estado, ni en el de muchas Comunidades Autónomas, ni en el gobierno de los grandes municipios.**

— Sí, es verdad.

— **El PSOE cuenta con un gran bloque de votos, ¿pero cuenta con un bloque de opinión igualmente fuerte? ¿Ha logrado hacer una cierta pedagogía en la izquierda española para que ésta tenga opiniones homogéneas?**

— Vamos a ver. Es verdad que tenemos, que el partido socialista tiene un electorado absolutamente fiel, que nos impresiona. Y es una obligación, aunque a veces es muy difícil, trasladarle nuestro enorme agradecimiento, nuestro reconocimiento por su comprensión, por su paciencia, por su fidelidad y por la confianza que deposita en el partido y en quienes representamos al partido en las elecciones...

La verdad es que muy pocos podían esperar, después de la dureza de los últimos años de gobierno socialista, (la dureza de las críticas, el desgaste por tantos problemas, el clima social que se creó, el clima incluso de opresión con el que muchos socialistas vivían la situación política aunque ellos no estuviesen protagonizándola, —simplemente por el hecho de ser socialistas se veían en cierto modo rechazados o veían que se establecía en torno suyo una desconfianza, un reproche de otros ciudadanos—), pues bien, a pesar de todo eso en las elecciones de 1993 ganamos. Y en las elecciones de 1996 tuvimos más votos que en las elecciones de 1993. Quedamos a 300.000 votos del PP, lo cual supone más de un punto en términos conceptuales.

Eso es impresionante y algo que no podemos desconocer. Que no queremos desconocer, ni desconocemos: saber a quién dirigimos nuestro trabajo político y a quién representamos.

También es verdad que junto a eso hay dos reflexiones que creo que hay que formular: Por un lado, siendo absolutamente cierto e indiscutible que todos los votos son iguales, la repercusión social de uno u otro tipo de electorado no es igual. A lo largo de los años, nuestro electorado se ha ido desplazando de sectores urbanos, dinámicos, con capacidad de hacer oír su voz en el conjunto de la sociedad, con capacidad de movilizar a través de la expresión de sus ideas, a otros sectores sociales más limitados en cuanto a su capacidad de enviar mensajes al resto de la sociedad. Sectores más pasivos, personas mayores, personas con bajo nivel formativo, personas más presentes en ámbitos rurales, en municipios pequeños que no en el centro de las grandes ciudades.

Y, en cambio, el reverso de la moneda es que el electorado de nuestros adversarios ha pasado de esos sectores menos dinámicos o más pasivos a concentrarse, en términos relativos, en los sectores más dinámicos y, por lo tanto, la imagen que se percibe es que teniendo unos pocos votos más que nosotros, son muchos más. Eso, que es un hecho indudable e incontestable, nos lleva a la reflexión de que la izquierda, el partido socialista, debe tratar de recuperar una presencia mayoritaria en sectores dinámicos de la sociedad y que debemos tratar de conectar y tratar de establecer canales de comunicación y complicidades con esos sectores más dinámicos, si queremos recuperar la mayoría. Si queremos recuperar la mayoría política, tenemos que recuperar al electorado urbano, volver a conectar con la universidad, con líderes de opinión, con los intelectuales, con líderes sociales, con los jóvenes.

Y eso exige una reflexión sobre el tipo de discurso político, el tipo de mensaje, las carencias de nuestro discurso político o de nuestra táctica política que han llevado a esas pérdidas de presencia en los sectores más dinámicos de la sociedad.

Segunda reflexión, que liga con algo que apuntabas en la pregunta: En la sociedad de final del siglo XX, una sociedad de unas características muy distintas de la de hace ochenta o noventa años, cuando se diseñaban las estructuras de nuestros partidos socialistas o socialdemócratas, ¿nuestra actuación política sigue teniendo capacidad para hacer pedagogía o más bien la pedagogía ahora la hacen paradigmas, actitudes culturales, mensajes que llegan por canales distintos a los de los partidos políticos o los de la actuación política?

Más bien, desgraciadamente, creo que buena parte de las tareas pedagógicas, en el buen y en el mal sentido, que se realizan en una sociedad como la española o la europea, de finales de siglo, no se canalizan a través de la actuación política. Y que cuando pretendemos desde nuestras reflexiones políticas insuflar a los ciudadanos unos valores solidarios, a veces tratamos de conseguir un objetivo absolutamente loable a través de unos instrumentos, de unas actuaciones y de unos canales de comunicación que no son los más adecuados, o que tienen que ser reformados de forma muy profunda para volver a ser canales adecuados.

Tiene a veces más capacidad de hacer pedagogía quien lo hace cantando, quien participa en un acto reivindicativo o quien organiza un concierto en favor de una causa noble, que veinte mítines políticos.

— Joaquín, pareces una persona realmente tranquila, paciente, das la impresión de tener varias de esas virtudes necesarias para una carrera de fondo...

— Virtudes teologales.

Amelia Valcárcel

— **¿Aquí estamos ante una carrera de fondo?**

— Bueno, no podemos pensar que esto sólo consiste en correr la maratón, porque hay metas más próximas. Es una carrera de fondo pero a la vez con retos que hay que ir superando por el camino.

— **El próximo reto son las municipales.**

— El próximo reto son las municipales, sí. Hay que recuperar alcaldías, hay que mover el banquillo, hay que renovar nuestro discurso hacia la ciudad. No tenemos que dar la imagen de que queremos recuperar las alcaldías simplemente por llegar al sillón de alcalde, sino para poder realizar toda una serie de proyectos, de ideas, de estrategias para la ciudad, como fuimos capaces de hacerlo a finales de los setenta o como fuimos capaces de hacerlo sin necesidad de haber pasado a la oposición a mediados de los ochenta, cuando muchas de las tareas que nos habíamos propuesto en los ayuntamientos democráticos del 79 ya las habíamos conseguido en el año 1983 o en el año 1987 y todavía se nos ocurrieron muchos más proyectos.

— **Vives en el mismo barrio desde hace mucho tiempo...**

— En el mismo barrio desde que llegué a Madrid en el 76, no en la misma casa, pero sí en el mismo barrio.

— **Estas casado con la misma persona...**

— En el 76 todavía no estaba casado pero, vamos, me he casado una sola vez... con la actual.

— **No pareces veleidoso en cuanto a tus proyectos vitales, ni persona cuyo criterio pueda cambiar de un día para otro en cosas fundamentales.**

— Tengo fama de pragmático, de que no me fijo mucho en cómo trato de conseguir lo que pretendo.

— **¿Has sido elegido por corredor de fondo?**

— No. Yo estoy muy convencido de unas cuantas cosas, aunque eso no me impide ser pragmático, flexible, no ser conservador en el sentido de aferrarme siempre a las mismas piedras. Si hay que cambiar las cosas, si cambian los tiempos, hay que

cambiar muchas propuestas, muchas herramientas, muchos instrumentos. Sería estúpido que mantuviéramos en el año 1997 que nuestro bagaje de instrumentos de política económica, o nuestra forma de ver las relaciones laborales, o nuestras ideas sobre cómo se deben gestionar los hospitales son exactamente iguales que en 1976.

Entonces seríamos estatuas de sal y la gente no vota a las estatuas de sal.
